

VIDA, SIMBOLOS Y BATALLAS. CREACION Y RECREACION DE LA COMUNIDAD INDIGENA. CUSCO, SIGLOS XVI-XX

Luis Miguel Glave. Lima, FCE, 1992. 315 pp.

Guillermo Madrazo

En razón de su número y de su continuidad histórica, las comunidades indígenas constituyen aún hoy un factor relevante para la viabilidad socio-económica, cultural y política del Perú. Esto es el fruto de un largo proceso que Luis Miguel Glave desbroza a partir de su profundo conocimiento de las realidades andinas y, en particular, mediante el análisis diacrónico del pueblo de pastores de los Canas, uno de los antiguos señoríos aymaras del sur del Cusco en las actuales provincias de Canas, Canchis y Espinar.

El libro destaca la constante recreación de la identidad de los Canas como una forma de resistencia que se manifiesta a través del ritual, el arte y los comportamientos cotidianos.

Junto a ello, en la larga duración se advierte la permanencia de ciertas pautas fundamentales de la cultura indígena, en especial la reciprocidad y también el dualismo, que tiende a lograr un equilibrio entre los términos opuestos en situaciones de confrontación. Sobre esa base, el hilo narrativo va hilvanando las secuencias de las luchas, resistencia, estrategias de sobrevivencia y reelaboración simbólica que desplegaron los Canas desde la conquista española hasta la actualidad y avanza hacia la construcción de un modelo en el que, desde la historia de los campesinos, se muestra la evolución de la dominación colonial (p.16).

Luego de la diáspora social y de la pérdida de recursos ocurrida en el siglo XVII, los grupos étnicos se fueron recuperando demográficamente y reconstituyendo de un modo distinto. Por una parte se fue transformando el uso del espacio que originariamente era discontinuo, con una interdigitación muy diferente de las formas de propiedad y explotación europeas. Al imponerse estas últimas terminaron por transformar ese patrón (a lo largo de un proceso de conflictos y negociaciones) imponiendo el agrupamiento como forma de instalación y de acceso a los recursos.

Por otra parte, el antiguo ayllu cambió y dio paso a la comunidad. Con respecto a esta última, Glave investiga su prolongada génesis a partir de la

relación tensa con españoles y luego con criollos, y su constitución definitiva como una corporación cerrada (generadora de una "pequeña tradición"), fenómeno que sitúa a fines de la Colonia y no antes, en una etapa caracterizada por un proceso de homogeneización cultural del campesinado indígena. Desde esa época se produjo en forma definitiva la desaparición de las estructuras y jerarquías étnicas, y hubo una creciente diferenciación interna en esas comunidades cerradas de reciente origen. Los nuevos caciques recaudadores fueron indios sin abolengo o "españoles", como parte de un proceso en el que las oligarquías locales de campesinos ricos actuaron como mediadores sociales y terminaron incorporándose a los sectores de poder de la sociedad lugareña. Estos pasaron a ejercer la dominación de tipo colonial que antes llevaba a cabo el Estado. Resalta la conclusión de que la propia sociedad campesina fue la generadora de sus grupos gamonales como consecuencia del proceso de diferenciación interna, lo que habría de conducir a conflictos abiertos en el último tramo del siglo.

Es imposible reseñar todos los aspectos importantes de la obra de Glave, que se nutre en una vasta documentación obtenida especialmente en los archivos regionales del sur del Perú y en los de Lima, Sucre, Buenos Aires, Madrid y Sevilla, particularmente ricos en lo que se refiere a información sobre la administración virreinal andina.

El tratamiento de los aspectos demográficos, sobre todo en los capítulos II, III y VI, resulta revelador. En el II el autor investiga el emplazamiento antiguo de los pueblos principales o doctrinas, anejos, parcialidades y ayllos y aborda su descripción analítica, todo lo cual se vincula con el estudio de los aspectos simbólicos más relevantes, según la perspectiva de análisis que orienta toda la obra. En este sentido, el equilibrio establecido a partir de la estructura dual "se mantuvo claramente en la parte alta, en lo que fuera el curacazgo de Hatuncana". En el marco de ese dualismo y del principio de equilibrio que lo acompaña, cobran relevancia los enfrentamientos rituales como "parte de un proceso de reproducción simbólica de filiaciones y de resolución de tensiones". (53).

También desde otra perspectiva más demográfica se arroja luz sobre la estructura étnica y sus transformaciones a partir del análisis de una serie de padrones correspondientes a las parroquias de la provincia de Canas y Canchis, levantados en 1645 por disposición virreinal para registrar la existencia y localización de los forasteros (Argentina, Archivo General de la Nación). Su estudio cuidadoso permite al autor formular inferencias, entre otros temas, acerca de los padrones de poblamiento y su relación con el uso de los recursos. Al respecto, el mayor fraccionamiento de las agrupaciones en la parte baja de valles, donde los recursos agrícolas se hallan altamente

concentrados, es atribuido a la incidencia de la superposición étnica que acrecentó las disputas en relación con el acceso a los mismos, si bien el fraccionamiento también puede ser un indicador de un proceso de reconstitución de las filiaciones (p.73/4). Por el contrario, en las zonas de altura “donde el uso de los recursos es necesariamente disperso en el espacio (ganadería itinerante y estacional), la tendencia a la concentración social es mayor, dentro de un universo fuertemente marcado por la singularidad social”. (p.74).

La evasión tributaria, por su parte, también queda reflejada en estos padrones de mediados del siglo XVII. En este aspecto el tema de los forasteros es algo que Glave profundiza mucho recurriendo también a otras fuentes, incluidas las series censales de otras fechas (el análisis de este problema continua en el capítulo VI hasta mediados del siglo XIX). Logra determinar así sus orígenes, situación, peso demográfico y significado en relación con la desestructuración y las readaptaciones de los antiguos grupos étnicos.

Una de las observaciones importantes está referida a la mayor integración de los forasteros en los espacios abiertos de pastoreo de altura, donde su cantidad se mantiene estable en 1645, 1684 y 1728, sobre la base del flujo continuo de personas foráneas que se iban integrando.

La violencia

Los hechos que ocurrieron en Canas en 1779 y 1780 poco antes de la sublevación tupamarista son de gran interés porque muestran el trasfondo de las tomas de decisión del campesinado de la provincia en un momento tan crucial. Esto ocurrió en un marco de conflicto por la apropiación de los excedentes de la producción campesina, dentro de una coyuntura que era, como lo señala el autor, “de bajos precios y saturación de mercados, acompañada de un aumento de la presión tributaria” (118). En ese año la situación de conflicto llegó a un pico: distintos sectores de intereses y de poder se hallaban enfrentados entre sí, lo que estuvo acompañado por presiones que derivaron en la agitación encabezada en Coporaque y Yauri por el cacique Sinanyuca.

El hecho notable que destaca Glave es que, al estallar el movimiento dirigido por Tupac Amaru, los rebeldes de Canas (Sinanyuca y Guambo Tupa) asumieron una actitud de lealtad hacia el estado español, en tanto los agentes españoles del corregidor adhirieron a la rebelión. Una escueta frase de Glave invita a la reflexión teórica: “La gran conclusión de nuestra historia local es que la gente actuaba guiada por sus contradicciones inne-

diatas" (152). Además, un factor esencial es el de las rivalidades étnicas. Todo esto se advierte con mayor evidencia en los momentos de confrontación violenta; entonces las distintas posiciones tienden a polarizarse y a hacerse más nítidas como ocurrió, una vez más, en 1814/15, cuando la derrota de la sublevación indígena marcó una acentuación de la dependencia y la definición de un nuevo "pacto de servidumbre".

El nombre muy sugerente del último capítulo es "Encuentro". Dentro del marco de la violencia, siempre presente en la vida campesina, se fueron dando las condiciones para el encuentro, ya en nuestro siglo, entre el devenir histórico real y el imaginario colectivo con el que los campesinos interpretaron la historia y el mundo. La población indígena homogeneizada tejía solidaridades y se afirmaba en sus derechos, lo que contó, hacia 1920, con la participación activa del Comité Central Tahuantinsuyo dentro de un contexto de nuevas corrientes políticas. La muerte de Domingo Huarca en 1921, luego de la rebelión en Tocroyoc, tiene ese sentido y se vincula, según el autor, con el intento modernizador de integración en una nueva cultura mestiza. Algo que ha partido de los propios campesinos "más que de las políticas aplicadas por los gobiernos que algunas veces han tendido al genocidio cultural y material interno" (13).

Las aspiraciones de Huarca tienen su correlato en otras que, desde el sector misti, confluyen en la idea de una cultura mestiza. Desde ambas vertientes -no sólo de la creatividad campesina- surge lo que se ha denominado "invención de la tradición". Las vidas y las trágicas muertes de Leopoldo Alencastre y de su hijo Andrés (Kilko Waraka) son glosadas para ejemplificar dramáticamente esos acercamientos y las contradicciones que subyacen. En este punto, sin perder su objetividad Glave pone pasión. Glosa y acompaña conceptos de Arguedas y señala, así, que los waynos de autores como Andrés Alencastre, se vinculan con lo indígena y están a la vez más próximos a la integración del Perú por ser compuestos por los mestizos (275). El relato conmueve: esa integración del país hermano y la propia integración de América Latina ¿serán una utopía sin posibilidad de concreción? Aún no lo sabemos. En el último renglón de su libro Glave nos recuerda, con un toque esperanzado de subjetividad que "la historia de los canas no ha terminado".

En la Introducción, queda definida la orientación general de la obra. Glave revisa las posturas teóricas e ideológicas referidas a los campesinos comuneros -incluida la concepción clasista- y plantea su propia perspectiva de análisis que ya ha sido comentada. Según ésta, ellos mismos son los protagonistas de sus transformaciones mediante una recreación constante de

su cultura y la “administración táctica” de las estrategias de dominio ejercidas desde afuera. ¿Hacia dónde se orienta esta acción de resistencia étnica prolongada? Se desprende del texto que los campesinos persiguen “cambios que los beneficien en cuanto que ciudadanos de una sociedad diferente pero con iguales oportunidades que las de los sectores criollos dominantes” (p.15).

Sin duda, esa presión ejercida desde afuera se da en un contexto de clases sociales enfrentadas. La división de la sociedad en clases aparece reflejada en la obra, a veces implícita en las mismas situaciones que se plantean y otras, a través de alusiones específicas (157/8, 207, 247). Glave no desestima el componente clasista pero sí demuestra que la resistencia indígena se encauza básicamente a través de un proceso, a veces violento, de adaptaciones destinadas a lograr la supervivencia.

Estamos ante un libro que obliga a pensar. Las acciones campesinas recreadas en sus páginas muestran una larga búsqueda de mayor espacio y poder. ¿Cuál es su alcance? ¿En qué circunstancias las estrategias descritas surgen de los hechos cotidianos y en qué otras de un estado previo de toma de conciencia con claridad de objetivos? ¿La **invención de la tradición** cumple ese papel dinamizador? ¿Con qué grado de conformidad y con qué expectativas de cambio se tiende a conservar un orden ya acordado de sometimiento a cambio de ciertas garantías? ¿Cómo se compatibilizan -o no- los componentes mesiánicos y los del “modernismo” del imaginario campesino frente a problemas concretos como el del rápido desarrollo tecnológico, y cuáles son los alcances de ese modernismo?

Las preguntas son motivadoras, y aunque las respuestas deben surgir de la discusión y no de una opinión individual, su replanteo reaviva viejas inquietudes muy legítimas vinculadas con las modalidades y las proyecciones del cambio social. Aunque esto no se ajuste quizás a la perspectiva general del libro, está sugerido por su lectura. Ciertos aspectos sociales señalados por Glave están tan vinculados a su temática de una cultura mestiza en formación, que prometen nuevos avances en el análisis. Por ejemplo, el tema del rol de los movimientos clasistas en el Perú del siglo XX y el de la relación de los campesinos con los sindicatos u otros grupos obreros. Glave señala que en 1921 las 39 comunidades de Yauri, Ocoruro y Condoroma dieron poder a los obreros de Lima para que los representaran en el primer Congreso Indígena (243). Este punto tiene un desarrollo limitado tal vez por su vinculación con problemas que ya han sido tratados por otros autores, pero se vincula con un tema esencial: el de las limitaciones que impone al movimiento indígena su aislamiento social y político.

Y aquí cabe acompañar los planteos inquisitivos con algunas consideraciones, muy personales por cierto, relacionadas con la utopía de una integración sociocultural armónica. La conformación de una cultura mestiza en el sentido en que está planteada implica necesariamente el respeto a las identidades grupales dentro de un nivel de igualdad de oportunidades. Pero ¿cuál es el camino para que esto pueda concretarse? No parece que la identidad étnica por sí misma posibilite el acceso del campesinado a una situación de mayor reconocimiento social y de ascenso económico, si no es por medio de una alianza con el resto de las clases postergadas y en función de una apertura de la democracia política hacia un nuevo sistema de justicia redistributiva. Sin esa cooperación en torno a posibles demandas que sean comunes a distintos sectores de la sociedad, una fuerte identidad grupal puede llegar a ser negativa y a generar un proceso incontrolable de confrontación interna. En este sentido, la homogeneización cultural del campesinado indígena a que alude Glave es, realmente, un factor unificador que probablemente ayude a superar viejos antagonismos étnicos.

Este es un proceso que está en marcha y que es, sin duda, importante, aunque no se puede prever cuál será la orientación futura de esta historia que "aún no ha terminado". Una cosa es evidente: en esta larga coyuntura en la que el monopolio de la tecnología ejercido por la clase dominante a nivel mundial genera desocupación y creciente diferenciación social, se acentúan las diferencias en los ritmos de los cambios sociales y culturales, y se estrechan los márgenes para las conquistas reivindicatorias dentro del sistema. Sin desestimar muchos logros adaptativos que justifican la resistencia cotidiana, cabe dudar de que el acceso a una verdadera justicia social y a un respeto hacia el otro pueda darse dentro del marco del capitalismo.